

XXIV Domingo de Tiempo Ordinario

- Éx 32, 7-11. 13-14. Se arrepintió el Señor de la amenaza que había pronunciado.
- Sal 50. R. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre.
- 1 Tim 1, 12-17. Cristo vino para salvar a los pecadores.
- Lc 15, 1-32. Habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta.

1. ¿Qué dice la Palabra de Dios?

El capítulo 15 del Evangelio según san Lucas nos relata tres parábolas de Jesús, que quieren reflejar la misericordia de Dios Padre: la oveja perdida, la moneda perdida y el hijo pródigo. Van dirigidas a los fariseos y a los maestros de la ley que criticaban a Jesús por acercarse a los que ellos con desprecio llamaban “pecadores”.

Jesús también actúa como el Padre. Por eso, es criticado. De ahí que Él también quiera justificar su proceder. Y así razona: obro así porque el Padre así también actúa. Me preocupo y ando con los “pecadores”, porque Dios se preocupa por ellos, de una manera especial.

Las dos primeras parábolas reflejan la alegría y el gozo del dueño y de la mujer que encontraron la oveja y la moneda perdidas. Si el dolor fue grande por la pérdida, el gozo de recuperarlas fue mayor.

La oveja perdida tiene especiales atenciones por parte del pastor. Éstos son algunos detalles:

- deja las noventa y nueve, por buscar a la única perdida;
- la carga sobre sus hombros, por ser un animal débil; el pastor busca a la más débil;
- lleno de alegría, reúne a los amigos y vecinos para compartir el gozo del encuentro de la oveja perdida.

La parábola concluye con que «en el cielo habrá más alegría por un pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse».

Dios se alegra de nuestro regreso a su amistad, dejando atrás nuestro apego al pecado. Es el mismo Dios el que viene a nuestro encuentro, curando nuestras heridas, olvidando el mal que hemos hecho, alegrándose por nuestro regreso, convocando a los amigos para celebrar gozosamente tal acontecimiento.

La segunda parábola destaca el afán de la mujer que ha perdido una moneda: se pone **de inmediato** a buscarla, enciende una lámpara, barre la casa, la busca **con cuidado**. Y, al final, la invitación a alegrarse por la moneda recuperada.

La parábola del hijo pródigo —mejor llamada, del “Padre misericordioso”— expone la enseñanza de Jesús con un lujo de expresiones que difícilmente pueden explicarse mejor.

El personaje central y más importante es el padre, que acoge a su hijo, que regresa a la casa, hambriento y harapiento. Observemos estos detalles:

- cuando aún estaba lejos, su padre lo vio (v. 20). Dios no nos olvida nunca.
- profundamente conmovido (v. 20). El regreso del pecador conmueve a nuestro Padre.
- salió corriendo a su encuentro (v. 20). El Padre desea tenernos cerca cuanto antes.
- lo abrazó y lo cubrió de besos (v. 20). Nos da el abrazo de paz y de perdón.
- el mejor vestido (v. 22). El Padre nos reviste de su misma vida.
- anillo en la mano (v. 22). Es la relación de amor esponsal que nos une con Él.
- sandalias en los pies (v. 22). Para poder avanzar por los caminos del Amor.
- banquete de fiesta (v. 23). Invita al banquete de la Eucaristía. Estar con el Padre, vivir en su casa, es una fiesta continua.
- No hay corrección, ni advertencias, ni amenazas, ni castigos.

El Amor del Padre, manifestado en Jesús, se refleja en los sentimientos, actitudes y conducta del padre del hijo pródigo. Creemos en un Dios lleno de amor, misericordia, perdón, siempre inmerecido.

2. ¿Qué nos dice la Palabra de Dios?

Jesús, nos dejó en los sacramentos de la Iglesia el acontecimiento privilegiado del abrazo de perdón —reconciliación o confesión— y del banquete de fiesta —Eucaristía—, que son signos eficaces del amor que el Padre en Jesús nos manifiesta y nos regala.

Dios no se cansa nunca de esperarnos, de recibirnos, de celebrar fiesta con nosotros, pecadores arrepentidos. La lógica humana, enseña normas para corregir, atemorizar e incluso castigar al que se ha portado mal. En cambio Dios da al hijo que se malgastó la herencia el abrazo del amor.

3. ¿Qué le respondemos al Señor?

Gracias, Padre. Gracias, Jesús. Gracias, Iglesia. Quiero vivir siempre con alegría y amistad, en la casa del Padre, en una fiesta continua, que no tenga fin.